

eL **SUR** viaja eN trEn

OBRA PARA NIÑOS EN TRÁNSITO

DE ENRIQUE OLMOS DE ITA

PISTAS:

Ellos son niños, algunos casi jóvenes, pubertos; un grupo de chicos que se reúnen de tarde en tarde en las inmediaciones de alguna estación de ferrocarril, seguramente abandonada, de las miles que pueblan de sur a norte el país; también pueden ser llamados colonias focos rojos o asentamientos marginales. No importa. Ahí están, ahí juegan, ahí son felices, en medio de un montón de calles partidas en dos por las vías de un **tren**.

Un **tren** que viene del **SUR**. De un **SUR** enigmático.

Un **SUR** distinto, un **SUR** cansado, sediento.

Un **SUR** no tan lejano, igualmente ignorado.

La edad no importa, ni tampoco los rasgos de los oficiantes; se piensa en un corifeo (con un epílogo donde el actor presta su voz a un testimonio); el tiempo es hoy.

Es posible un juego multimedia, voz en off o lo necesario para la recopilación testimonial.

I. LOS FERROCARRILEROS

Lo que más me gusta de mi colonia, es la nieve.

Pero no la nieve que cae del cielo.

No; esa no.

Yo nunca he visto la nieve caer.

Sólo en películas.

Nosotros le decimos nieve al helado.

Y cuando hace mucho calor, mi mamá me lleva a comprar una nieve.

Con mis hermanos.

Mi favorita es de vainilla.

La mía de chocolate.

Estoy segura que aquí hacen las mejores nieves de la ciudad.

Y también el mejor chocolate.

Aunque, yo creo que el chocolate ya lo traen hecho porque viene envuelto.

Así te lo venden en la tienda.

En la colonia hay muchas tienditas; ahí puedes comprar chocolates y otros dulces ricos.

A mí me gusta el chocolate de las lenguas de gato...

A mí el Ferrero.

Es delicioso.

A mí el kínder.

Casi cualquier chocolate es delicioso.

También me gusta hacer vagancias.

¿Qué es eso de hacer vagancias?

Es decir, no hacer nada, o más bien sí, hacer como que haces algo y no haces, que vas a un lugar sin tener que ir y te pones a platicar y ves las tiendas.

Y los dulces.

Y lo que venden en la calle.

Y los dulces.

Sí, los dulces también.

A mí no me gusta que llueva, por cierto.

¿Por qué?

Porque es más difícil salir y hacer vagancias. Con la lluvia no puedes salir de tu casa.

Sí, hay cosas que tampoco me gustan.

Como cuando hay tormentas.

O mucho viento.

O se descomponen el coche de mi papá y hay que empujarlo.

Tampoco me gusta que entren a mi escuela a robar.

Hace poco entraron a robar y se llevaron las computadoras.

A mi escuela siempre se meten a robar.

¿Por qué?

Dice mi papá que esta colonia es cada vez es más insegura.

Que está llena de puro borracho y marihuano, que no se puede salir de noche.

Hay que tener cuidado, dice.

Siempre le recuerda a mi mamá que hay que tener cuidado. Que la colonia no es fácil.

¡Con cuidado! Dice siempre al terminar una frase o para despedirse.

Yo no sé andar sin cuidado.

¡Lleva los ojos bien abiertos! Me repite antes de irse a trabajar...

Mi papá trabajaba en Ferromex.

Ferromex es la empresa que tenía los trenes, algunos pasan por aquí. Por esta colonia.

Él se iba una semana y después regresaba. Y nos contaba todo lo que vio desde el tren.

Todo lo que comía, dónde paraba, si paraba, cómo se duerme ahí dentro y cuando llega a un lugar con frío o calor.

Y después regresaba aquí.

A la colonia.

Con todos los demás ferrocarrileros. Ya viejos, casi todos.

Abuelos y tíos y hasta bisabuelos de mis amigos.

Zona marginada, foco rojo, lugar de difícil acceso.

Así nos dicen.

Pues a mi me gusta mi colonia, porque aquí pasa el tren.

A mí también me gusta vivir aquí, en el foco rojo o como le llamen.

Me gusta ir al centro creativo, me gusta estudiar, me gusta ir a comprar dulces.

Jugar un videojuego. Ver el fútbol en la tele, con mi tío, por ejemplo.

Jugar al fútbol.

Jugar a narrar un partido de futbol.

Mi materia favorita es el recreo, porque ahí puedo jugar futbol.

Mi materia favorita es matemáticas.

¿Qué?

Sí, matemáticas.

A mí no, esa es la única en la que no puedo, en la que no soy bueno.

De acuerdo, lo mismo yo.

¿Y ya escucharon eso?

¿Qué?

Ahh... Eso... Sí.

Es el sonido del tren.

Es como su claxon. Anuncia que ya casi pasa por aquí.

Nosotros vivimos en la colonia del ferrocarril, cerca de la avenida del ferrocarril, en la calle de ferrocarrileros nacionales...

Así que estamos acostumbrados a ese sonido.

Es decir, que las casas y el parque y las calles se hicieron para que aquí vivieran las familias de los señores que manejan el tren.

Y de los que construyeron las vías y las estaciones.

Aquí no se para el tren, pero pasa despacito.

Y entonces lo vemos.

Con todo y su cargamento. Con todo y su cara de malo. Con todo y sus fierros pesados.

Oxidados.

Algunos trenes llevan carbón...

Otros van vacíos.

En otros no se ve lo que llevan, porque está adentro de los vagones.

Otros llevan gente.

Gente del sur, dice mi mamá.

Yo no sabía que el sur viajaba en tren... Creí que el sur se subiría a un avión.

O a un barco.

Pero no, al sur le gusta viajar en tren.

En nuestro tren.

Y pasar por nuestra colonia...

Nosotros siempre los saludamos.

Agitamos las manos y les decimos, adiós, sur, adiós...

Buen viaje. Hasta pronto.

El sur es muchos señores y a veces también señoras.

Y niños. Yo he visto niños.

Pero la mayoría son señores, con mochilas.

Y gorras.

Nos saludan también, bueno, sólo a veces nos saludan.

Hasta que un día...

Más bien una tarde.

Bueno, hasta que una tarde...

Casi noche.

Está bien, hasta que una tarde, casi noche.

En eso que llaman el ocaso, vimos al tren, escuchamos al tren...

Como es costumbre.

Se sentía cómo rebotaba todo cuando el tren pasaba; cómo se movía el piso por abajo.

Cómo se apretaba el suelo de sentir de cerca el tun, tun, tun...

Y su claxon.

Todo parecía normal, pero el tren se paró. Se detuvo.

Así; de la nada.

Se detuvo justo frente a nosotros. Como si nos estuviera buscando.

Y una voz nos dijo, desde adentro:

Ey, niños, soy el Sur... ¿Cómo están?

¿El sur?

¿Seguro?

Pregunté...

Sí; soy lo que está hacia allá, hacia abajo... Ustedes siempre me saludan cuando paso, así que pensé en invitarlos a un viaje.

¿Un viaje a dónde?

¡No tenemos ganas de viajar!

Bueno, como ustedes quieran...

¿Viajar a dónde?

No, si no quieren no... No

los voy a obligar. Yo venía en plan buena onda.

¿De qué clase de viaje hablamos?

De uno increíble.

¿Con quiénes?

Por si les interesaba conocer a otros amigos que
tengo... Son de su edad. ¿No quieren?

Bueno... ya que lo dices así...

¡Vengan! ¡Suban!

Y así fue cómo comenzó la historia que hoy vamos a contar.

La historia de cómo nos hicimos amigos del Sur.

Cómplices.

Y también la historia que nos trató de robar un escritor.

La historia de los niños ferrocarrileros, que subieron al tren del Sur.

Un día, por no tener nada que hacer.

O por querer conocer gente nueva...

O por haber leído que los viajes ilustran.

2. AHÍ VIENE EL TREN DEL SUR

Te subes al tren.

Nos subimos al tren.

Sí, pero de golpe un impulso de no sé qué te hace decir... Sí, vamos a subirnos.

Y te subes.

Y nos subimos.

Al tren del Sur.

A ese...

¿Cómo te subes a un tren imaginario?

El tren del Sur no es imaginario...

¿Y por qué sólo nosotros lo podemos ver? ¿Por qué solo nosotros nos podemos subir, eh?

Eso no lo convierte en imaginario... ¿O sí?...

Mi mamá no puede ver al tren del Sur.

Ni mis hermanos.

Sólo nosotros, los que estábamos ahí, esa tarde.

El tren, de golpe, metió el freno...

Íííííí...

Así se escuchó... Y se quedó quieto.

Ahí. Frente a nosotros.

Nos invitó a subir.

Vamos niños, les voy a dar un paseo.

Y subimos.

No una vez.

No dos veces; ni tres.

Subimos miles de veces, cada tarde el tren pasaba por nosotros y nos regresaba un ratito después.

¿Un ratito?

O un ratote. El tiempo se pasa volando en el tren del Sur.

Porque adentro del tren viajan unos amigos.

Nuestros amigos...

También son niños, que viven dentro de los vagones del Sur.

La primera vez, no lo podía creer...

Era como entrar a un salón de fiestas.

Sólo se escuchaban las risas y los gritos y los juegos...

Por cierto, en éste tren no te puedes caer, puedes cambiar de vagón, escalar uno y llegar hasta arriba, salirte por la ventana, ir hasta la locomotora y...

No te caes a las vías.

El tren te atrapa, te cuida.

El tren del Sur te abraza. Siempre te abraza.

Y puedes hacer dentro de él toda clase de juegos.

Incluso en el tren hay un vagón especial de puros videojuegos.

Tiene todos los cartuchos que te imagines.

Todas las versiones disponibles del FIFA, del juego de Mi villano favorito, de Lego y de otros.

Y unas pantallas muy grandes de televisión, parece un cine.

Un cinetotote.

Es el tren más divertido del mundo.

Y el más cómodo.

También hay libros para leer, para colorear, para escribir cómo termina la historia...

Un vagón lleno de libros y unos sillones muy cómodos para sentarte a leer.

Pero sobre todo, lo que más me gusta del tren del Sur son sus pasajeros.

Nuestros amigos.

Sí, ellos son nuestros amigos.

Los niños que vienen del sur.

Con ellos jugamos, con ellos corremos, con ellos platicamos.

Hay niños y no tan niños. Pero son muchos y siempre divertidos.

Son los hijos de los señores que viajan en los otros trenes...

En los trenes en los que sí te puedes caer.

En los trenes reales.

El nuestro también es real...

Bueno, en otros los otros trenes, también reales.

Ahí van, ahí vienen los hijos y los hermanitos y los sobrinos de los pasajeros de los trenes oxidados, feos, que no tienen vagones divertidos.

Son también niños de nuestra edad, como nosotros, que quieren llegar al norte.

En los trenes aburridos.

Los trenes bestia.

Los trenes bestiales.

Animales.

Infernales.

Nuestros amigos son un sueño que viaja desde El Salvador...

Honduras. Guatemala. Nicaragua.

Incluso más lejos... Ecuador o Bolivia.

Ellos están buscando...

Y esperando encontrar a quienes les prometieron volver.

O tratando de llegar a la frontera.

Pero en éste tren ni hablamos de eso.

Sólo jugamos.

Nos divertimos...

3. Y FUE CUANDO BUSCAMOS A UN DRAMATURGO

¿Cuántos niños en el mundo pueden viajar en un tren así?

Muy pocos.

Creo que casi nadie.

Sólo en nuestra colonia se puede, ¿no?

Sólo nosotros, los ferrocarrileros podemos...

Por eso es la mejor colonia del mundo.

Digan lo que digan.

Por eso y porque aquí venden las mejores nieves.

Es el mejor lugar del continente.

Y del planeta.

Nos dimos cuenta que nosotros hacíamos un viaje, de tarde en tarde, que cualquier niño del mundo envidaría.

Y decidimos que esa era una historia que se debía contar.

¿No?

Las buenas historias se deben contar, sino las cuentas te salen padrastrós en los dedos.

Y bolitas en la punta de la lengua.

Y te pican los ojos.

Y los mocos no te dejan respirar en la noche.

Entonces le preguntamos al tren del Sur... ¿Podemos contar tu historia? ¿Nos das permiso?

Claro que sí, cuenten la historia de los niños que vienen del sur. Es una historia que deberían saber todos.

Es una historia necesaria.

¿Y cómo vamos a contar la historia del tren del Sur?

Porque queremos contar la historia del tren divertido, del tren bueno.

Primero pensamos en hacer un reportaje para la tele.

Pero no tenemos cámaras, ni sabemos cómo llegar a la tele.

Después pensamos en escribir un libro.

Pero se tardarían mucho en imprimirlo y en venderlo.

Queríamos hacer algo rápido, inmediato.

Y yo dije: ¿Por qué no hacemos una obra de teatro?

¡Una obra de teatro!

¡Claro!

¿Cómo no se nos ocurrió antes?

Sí sólo tenemos que subirnos a un escenario y empezar contar todo: Cómo es el tren, de dónde vienen los niños que habitan en el Sur, por qué viajan solos, a quién buscan.

Todo eso.

Y alguien propuso invitar a un dramaturgo para que él nos escribiera la historia.

Un dramaturgo, común y corriente.

Gordo, feo, con lentes de pasta y cara de pocos amigos.

Buscamos rápidamente en internet.

Y le escribimos al primero que apareció en google.

“Somos unos niños y jóvenes muy guapos, entusiastas y con una sorprendente historia para escribir sobre un tren que viene del sur. Te invitamos a venir. Gracias”.

Al día siguiente el dramaturgo ya estaba entre nosotros.

Con los ojos bien abiertos, y la bocota abierta.

Y limpiando sus lentes cuidadosamente.

Para no perder ningún detalle.

Buscando nuestra historia, preguntando, cuestionando, olfateando todo.

Como si fuera un detective.

Y entonces ya por la tarde, lo llevamos conocer los vagones del tren del Sur.

A ver las maravillas que tiene dentro.

Para que él pudiera hablar con nuestros amigos.

Y estaba atónito.

Fascinado, con la bocota aún más abierta.

Y limpiando con más cuidado sus gafas.

Tomaba fotos, grababa a los niños, hacía entrevistas.

¡No lo puedo creer!, decía, ¡Esto es increíble!...

¿Verdad que esta es una gran historia escritor de obras de teatro para niños?

Es la mejor historia del mundo.

Qué bueno que le gustó, señor dramaturgo.

¿Cuándo nos puede escribir nuestra obra de teatro sobre el tren del Sur?

¿Obra? ¿Escribir? ¿Teatro? Esteee...

Ahí nos dimos cuenta que ya se estaba echando para atrás.

No sé, tengo muchos compromisos y debo hablar con mi agente.

Pero usted nos prometió...

Nunca confíen en un escritor, niños...

Y que se echa a correr.

Así, descaradamente.

¡Me tengo que ir, niños, lo siento! ¡Es un asunto de urgencia!

¿Urgencia?

¡Se quiere robar nuestra historia!

¡A por él!

Sí, yo había leído que estaba tomando notas en su libreta para convertir nuestra historia en una película.

¿Película?

¡No!

Nosotros le pedimos una obra de teatro.

¡Voy a hacerme rico con esta historia, se la voy a vender al mejor productor de cine del mundo! ¡Por fin podré dejar el teatro!

Y seguía corriendo.

El dramaturgo era un farsante.

Solo se quería robar nuestra historia, nuestro tren, nuestro descubrimiento.

Ni siquiera le gustaba el teatro, en realidad él quería escribir guiones para cine.

Lo perseguimos.

Corríamos atrás de él.

¡No te robes nuestra historia!

Entonces se escuchó el ruido del tren del Sur... Su silbido tan característico.

Era nuestro tren.

¿Qué pasa aquí? Yo soy el tren del Sur, ¿por qué perturbas a mis amigos escritor de tercera? ¿Por qué?

El dramaturgo estaba acorralado. No tenía otra opción: Se arrojaba a las vías o se subía al lomo del tren.

Mirada hacia el tren y mirada hacia las vías.

Un momento de tensión.

Y que se trepa a nuestro tren.

Se subió, de un salto.

Parecía bastante gordo y poco hábil, pero lo logró.

Y nosotros con él.

¡No me hagan daño, por favor! ¡Les voy a regresar su historia, solo estaba jugando!

Es que... Es que ¡Soy bipolar! ¡Ustedes disculpen!

De pronto, sentimos como el tren metió freno.

Nuestro tren se detuvo, de golpe.

Y comenzó a andar hacia atrás, como regresando de su marcha.

Ya no viajaba al norte. El tren del sur cambió de dirección.

Avanzaba por las mismas vías, pero para el otro lado.

Hacia allá, abajo.

Todos estábamos sorprendidos.

Los videojuegos, los juguetes, los pisos con alfombra iban desapareciendo.

También nuestros amigos.

Todo se iba esfumando lentamente.

Como en un sueño.

Un sueño macabro.

El tren, nuestro tren se convertía en otro, uno de verdad, sin vagones cómodos ni conexión a internet.

Era un tren oscuro, oxidado. Que iba dando tumbos.

Un tren distinto, un tren triste.

Una bestia de metal con ruedas.

Sí. Soy la famosa bestia, el tren que viene del sur.

El tren que arrastra al sur.

Y ésta es mi verdadera cara. ¿Qué pasa? ¿Algún problema?

No tengan miedo... ¿O sí?

¿Quieren conocer a los niños verdaderos con los que jugaban?

¿Quieren limpiarse los ojos de la fantasía?

A veces hay que meter la mano directa en la realidad, pisar las vías del tren, estar vivos...

Y presentes.

EPÍLOGO: YO SOY EL SUR

Muy rápido, rápido... El tren del Sur regresó al sur.

A su origen.

Y nos llevó a Guatemala. Honduras, El Salvador, Nicaragua.

Nos acercó a los lugares, a los pueblos, a las ciudades de donde provenían nuestros amigos.

¿Quiénes eran realmente?

¿Por qué podíamos jugar con ellos y ahora no estaban?

El tren del sur quería, pretendía una sola cosa.

Enseñarnos de cerca a esos niños con lo que jugábamos en su interior.

En sus vagones imaginarios.

Pero estos niños eran de verdad.

No estaban en nuestra imaginación, ni en la imaginación del tren del Sur.

Nuestros amigos existían más allá de un juego.

Ahí estaban, esperándonos.

El tren del Sur, enojado, le dijo al dramaturgo:

¿Quieres escribir una historia impactante, no? ¿Eso es lo que estabas buscando? Aquí están, éstas son historias de verdad. Éstos niños te van a contar por qué me odian y por qué odian a tu país.

El dramaturgo, al escuchar al tren del Sur con tanta fuerza, se desmayó...

Y también por el calor.

Y creo que por los mosquitos.

¡me dan miedo los mosquitos! Decía...

Hacía mucho calor y él no aguantó. Es muy blandengue.

Pero nosotros sí aguantamos. Somos fuertes, aunque sudábamos mucho.

Muchísimo.

Entramos entonces a la selva.

A ciudades tristes. Grises.

A parajes vacíos.

Con un poquito de miedo, pero de a poco el tren nos acercó a varios pueblos y ciudades.

Y pudimos hablar con ellos, aunque fueran solo unas palabras.

Para preguntarles por qué odiaban al tren del Sur.

Y por qué creían que ese tren, nuestro tren, era tan horrible...

Esos niños, nuestros amigos aparecían como sombras...

Ya no reían.

Ni jugaban.

Ni se acostaban en los enormes sofás del tren..

Porque ya no había nada.

Sólo vagones vacíos y malolientes.

Estaban enojados.

¿Por qué? ¿Qué tantas cosas les había hecho?

Soy Pablo, tengo 13 años, mi hermano mayor se fue de la casa cuando yo tenía ocho. Dijo que iba a buscar trabajo en los Estados Unidos. Se fue

con un primo. Lo último que supimos es que llegando a México, en Chiapas, se subieron al tren, a la enorme Bestia de metales y ya no volvimos a saber nada; nada de ellos. ¿Dónde están? ¿Dónde los esconden? ¿Ustedes saben?

Me llamo Yesenia, soy salvadoreña. Tengo catorce años. A mi papá lo secuestraron en mi pueblo y después de eso mi mamá huyó con mis hermanos mayores a Estados Unidos. Yo me quedé sola con mi abuela, que falleció hace unos meses. Crucé la frontera hasta México y en cuanto pude me subí al tren que una tarde se descarriló. El tren se vino abajo. La bestia me cayó encima. Dejé de respirar casi de inmediato.

Las Maras de Honduras querían que yo fuera sicario. Que me dedicara a matar y me saliera de la escuela. Pero yo no quiero, no quise. Por eso huí de mi pueblo y crucé la frontera hasta México. Y me subí en la bestia, al tren de la muerte, a ese. Mi familia no sabe nada de mí. Y yo tampoco. Nada. ¿Dónde estoy?

Una, dos, tres veces intentaron abusar de mí. Los policías primero, los militares después, unos maleantes que nos obligaron a bajar del tren. Soy rápida; corrí y corrí y no me atraparon. Me salvé; me he salvado tres veces, por eso me dicen la gata, porque según esto tengo siete vidas.

Tengo trece años y voy a buscar a mi mamá y a mis tíos que están en Colorado. A ver si me alcanzan las vidas para llegar hasta allá.

Mi tío se fue un día, más bien una noche. Ni me acuerdo cuándo. Unas veces llamó por teléfono y mi abuelita se puso muy contenta. Que ya casi llegaba a la frontera. Nada más le faltaba pasar por Tamaulipas, dijo. Se me hizo raro y chistoso ese nombre. Y después no supimos nada de él. Ya pasaron cuatro años. Y nada. Nada de nada.

Les escribí muchas cartas a mis papás, que se fueron juntos a buscar trabajo al norte. Yo estoy con mis abuelos. Pero no sabemos a dónde enviar esas cartas, las tengo todas en sobres sin saber a dónde remitirlas. Hace mucho que no sabemos nada de ellos. Quiero pedirles muchos juguetes y una muñeca y una libreta para la escuela; ojalá que me lo traigan cuando regresen. Por favor. ¿Alguien me podría decir su dirección?

Yo no crucé la frontera, la frontera me cruzó a mi. Soy el mayor de seis hijos y estaba buscando a mi papá, que se fue a Los Ángeles. En cuanto pude me monté también en el tren para cruzar México y llegar a California. Iba en lo más alto del tren y me quedé dormido, como todos, me venció el sueño. Y en una curva, me caí.

Me llamo Ana, me dicen Anita. Mi papá se fue... Se fue de Guatemala a buscar un trabajo al norte. Y mañana cumpla seis años; tres años, la mitad de los que tengo sin verlo. No sé dónde está mi papá, ni mis tíos; todos se fueron juntos un día. Dicen que los perdieron en México, ahí los dejaron de ver. ¿Me podrían regresar a mi papá para que venga a mi cumpleaños? ¿Sí? Por favor... Es hoy...

Silba el tren.